

chos años; y sin embargo, yo, aunque en la escasez de mis luces, creo interpretar fielmente el sentimiento unánime de mis consocios, olvidando en este día los males que cualesquiera bandos hayan podido ocasionarnos. No es mi ánimo censurar en lo más mínimo al orador ú oradores que hayan incurrido en esa debilidad, no es mi ánimo censurarlos. Yo estimo de mi deber el manifestaros los sentimientos que vivifican al "Gran Círculo de Obreros," y en cumplimiento de ese deber me es grato significaros que esa asociación está resuelta ha hacer á un lado toda valla de bastardos sentimientos que man tenga la división entre nosotros, á desligarse ab solutamente de toda especie de tradiciones de bandería que impidan ó aplacen la organización de todos los intereses humanos legítimos en un sistema estable social.

El "Círculo de Obreros" mira el bien de la patria como el supremo bien; al que ha sabido y sabrá posponer sus intereses individuales, y en pró del que trabaja en la medida de sus fuerzas.

Admira la heroica voluntad de Hidalgo, aplaude de la entereza de Allende, respeta la abnegación de Bravo y venera la indomable constancia de Morelos y Guerrero. Pero toma también en cuenta el trascurso y las enseñanzas de los tiempos, porque comprende que á fines y épocas distintas, corresponden ideas y caminos distintos.

Hidalgo, Morelos y Guerrero combatieron por la independencia nacional y conquistar pudieron con el puñal homicida un nombre inmaculado para nuestra independiente México. Pero nosotros que pretendemos la sistematización definitiva de todas las libertades y derechos del hombre; nosotros que combatimos por la unificación de los pueblos latinos; nosotros, en fin, que soñamos en la armonización superior de los aparentes encontrados intereses de la humanidad

terrestre, nosotros debemos renegar para siempre de la opresora é insultante fuerza de las armas.

La clase obrera comprende y siente ella misma la necesidad de progreso que la espolea; pero cree también que toda reforma provocada por la violencia es de efimera existencia, carente de suficiente preparación por el tránsito sucesivo de los pueblos, á través de los grados de su carrera histórica. Persigue con incansable afán, como punto único de mira, un estado de cosas en que todos y cada uno de los órganos de cultura social, disfruten de un libre juego de sus facultades, sin ponerse trabas ni obstruirse el paso mutuamente. Este fin persigue el "Gran Círculo de Obreros" y tras de largos años de inquebrantable celo, mira ya no lejano el día en que sus miembros puedan vincular fundadas esperanzas en la protección de sus hermanos, puedan dignificar sus aspiraciones en institutos de educación asequibles á la escasez del industrial, y puedan, por último, dirimir sus interiores disputas en tribunales de Obreros. Esto pretende la heroica corporación de obreros y al pretender lo cree trabajar por la causa del bien. Esto pretende la heroica corporación, é inspirada por la nobleza de su ambición, aguijoneada por su amor á la patria y á sus miembros y sostenida por el concurso de las gentes honradas, no descansará hasta haber realizado sus esperanzas.

Por esto se siente digna de tomar participio en esta solemnidad y orgullosa de sus ideales, como expresión de su gratitud profundísima y de su altísimo respeto, presenta su fe en el porvenir, su ambición pura de todo sentimiento interesado y su entusiasmo inspirado por la causa que defiende, como ofrenda de su veneración hacia los héroes de la independencia mexicana. —
DIJE.

DISCURSO pronunciado el 16 de Septiembre de 1888, en el Teatro del Progreso, por el Sr. Lic. Francisco Valdés Gómez, orador oficial nombrado por la Junta Patriótica de esta Capital.

SEÑOR GOBERNADOR.—SEÑORES:—Hay hechos grandiosos y sublimes que trasportan al espíritu humano á una dulce y amena región que no puede describirse, y que sólo se siente por los efectos que experimentan nuestros corazones, por ser superior á la fuerza de toda palabra; y uno de esos hechos portentosos es sin duda, para los hijos de este privilegiado suelo, el que hoy se celebra del uno al otro confin de la República, el aniversario del 16 de Septiembre de 1810, en que dió principio la sublime epopeya de la independencia nacional, que el día de hoy cantan entusiasmados con sentidas y armónicas voces y con himnos guerreros todos los mexicanos, y que seguirán entonando nuestros hijos y nuestros nietos en el curso sucesivo de todos los tiempos.

Por esto nuestra patriótica ciudad ha amanecido de gala en este gran día: la bandera nacional, que tantas veces se ha llenado de gloria y que cubre con su benéfica sombra al pueblo mexicano, ondea magestuosa en lo más alto de los edificios públicos; las calles y casas están adornadas con lujosas y alegres colgaduras; las músicas y bandas militares recorren todos los ángulos de la población tocando piezas patrióticas; los talleres, tiendas y toda clase de oficinas, es-

tán cerradas, para dar toda la expansión al espíritu; y las gentes se agitan en las calles, avenidas y plazas de una parte á otra, con el vaivén de las olas, para congratularse en este fausto día, revelando en sus semblantes el alborozo y el júbilo con que rebozan sus corazones. ¡Qué grande y magestuoso aparece un pueblo cuando entusiasmado celebra las glorias de su patria! ¡Qué noble y culto se manifiesta cuando en este gran día se consagra por entero á rendir un homenaje de gratitud y respeto á los héroes que por él se sacrificaron! ¡Qué imponente é invencible es cuando se identifica con los guerreros que defendieron su suelo y su libertad hasta verter la última gota de su sangre!

A rendir esa justa veneración ha venido aquí este ilustrado y numeroso concurso, embriagado de un solo y noble sentimiento, el amor á estos hermosos campos que nos vieron nacer, y á la atmósfera purísima de nuestro cielo que fortifica al espíritu en las cívicas virtudes. A mí tocó la alta honra de ser nombrado por una Junta de respetables ciudadanos para narrar las proezas de nuestros mayores, distinción que acepté con gusto, porque sé que un mismo pensamiento domina en este auditorio, la memoria de nuestros patricios, y porque estoy seguro de contar con su siempre acostumbrada benevolencia.

¡Pero cómo significaré las hazañas de nuestros antepasados? ¡Cómo referiré de un modo digno los beneficios que de ellos recibimos? ¡Ojalá que el ángel de la victoria y de la inmortalidad que corona sus frentes, me prestara su bélica trompeta, para que sus ecos marciales hiriendo vuestros corazones, y repercutiendo en las concavidades de nuestros montes, traspasaran nuestros valles y la inmensa líquida llanura de los mares, y llegara á mover las delicadas fibras de los grandes genios que pueblan la Tierra,

para que cantaran con la belleza de la sublime epopeya los hechos grandiosos de los campeones de nuestra independencia!

¿Pero cuál fué el origen de nuestros patricios, y quiénes fueron los principales? Todos los geólogos convienen en que los mares sucesivamente van cambiando de lecho; porque á toda hora se depositan en ellos las arenas y deslavamientos de las partes altas, que con el curso de los siglos formarán una cantidad fabulosa de materia, que indefectiblemente operará aquel cambio. Por esto es probable la opinión de que la Asia Nor-Oriental haya formado un solo Continente con la América Nor-Occidental, y que lo que hoy es estrecho de Behring fuera hace quince siglos un istmo de mayor extensión que el de Suez.

Nuestros indígenas, según su historia, que conservaron escrita con geroglíficos, como lo hacían los pueblos antiguos, hasta que hubo un genio que expresara todos los sonidos de la voz humana con las letras del alfabeto, vinieron del Norte de este Continente en diferentes tribus, hasta que hallaron un lugar benigno que les proporcionara las necesidades de la vida. Por esto debe creerse que los pobladores de América proceden de la Asia Nor-Oriental, habiendo pasado por lo que entonces era un istmo, y que después fué convertido en el estrecho de Behring. Tienen su origen de las mismas tribus asiáticas, que unas tomaron para el Oriente, hacia la América; y las otras hacia el Occidente invadiendo la Europa, obligando á los Césares de la poderosa Roma, primero á hacer capitulaciones deshonrosas con Alarico, y luego á someterse al dominio de sus invasores. Tal es el origen, según yo creo, de los primeros pobladores de estas privilegiadas comarcas, explicándose así su espíritu fuerte y guerrero, que tra-

ieron de aquella raza que destruyó al Imperio más poderoso que han conocido los siglos

Los aztecas después de una larga peregrinación, fundaron una ciudad, que fué conocida con el nombre de Tenochtitlán, y luego un Imperio, el más poderoso de Anáhuac, al que estaban sujetos casi todos los reinos de esta parte de la Tierra: eran sóbrios, trabajadores é industriosos, y estaban muy adelantados en las artes y en la industria, como lo comprueban sus delicados artefactos, sus palacios y sus templos, y el calendario perpetuo que se conserva en la ciudad de México como un recuerdo de los adelantos de nuestros mayores.

El Imperio mexicano estaba en el apogeo de su grandeza, cuando un hombre superior, el gran marino Cristóbal Colón, con el eficaz auxilio de los humanitarios y nobles reyes de España, descubrió este nuevo mundo, enriqueciendo á la humanidad con estas feraces y exuberantes tierras, y difundiendo por todas partes los progresos siempre crecientes de la raza humana. Mucho deben sin duda todas las naciones á aquel portentoso genio, que pudo agregar al mundo antiguo otro desconocido, como si hubiera juntado á la Tierra un nuevo Planeta que produjera cuanto el hombre necesite para su bienestar y reposo en el curso de la vida. Yo, pues, saludo en este gran día al hombre extraordinario que nos puso en contacto con el resto del mundo, y á la magnánima España que con su previsión y sus recursos difundió por la Tierra tantos beneficios.

Descubierto este rico suelo á fines del siglo XV, mandó la España á principios del siguiente al astuto y guerrero Hernán Cortés con un ejército de las tres armas, para que sometiera á los habitantes de Anáhuac á la corona de aquella monarquía. Ese hábil campeón se puso de acuerdo con todos los naturales que estaban descon-

43432

tentos con el Imperio mexicano, y con ellos formó numerosas legiones, emprendiendo una verdadera campaña de conquista.

Durante la guerra, se vieron de parte de los mexicanos hechos sublimes de heroicidad, dignos de competir con la histórica defensa de las Termópilas, como sucedió en la famosa Noche Triste, en que quedaron los lagos y calzadas terraplenados de cadáveres de ambos combatientes, y en que la victoria favoreció á los mexicanos; y en Otumba, en donde casi fueron derrotados los invasores, figurando como héroe de esas famosísimas batallas el malogrado y sentido emperador mexicano Cuiclahuatztín, que sustituyó á su hermano Moctezuma II.

Por muerte del último Emperador, fué nombrado en su lugar el magnánimo y valiente joven Cuauhtemoc, que apenas contaba 23 años de edad; y este esclarecido patricio reconcentró á México todas las fuerzas que le fué posible. Cortés por su parte convocó á sus aliados, hasta formar un ejército de más de 200,000 hombres, con los cuales pudo sitiar la ciudad; y aunque hizo varias proposiciones honrosas al caudillo mexicano, ninguna fué aceptada, contestándole que todos los que defendían la tierra nativa estaban resueltos á morir antes que someterse. La lucha fué terrible y sangrienta: los españoles y sus aliados estrechaban el sitio diariamente, aunque á costa de mucha sangre, siendo necesario que se dedicaran más de 100,000 combatientes á destruir los edificios que iban ocupando. Los sitiados se defendían con supremo heroísmo, y después de ochenta días de sitio, en que el hambre y los moféticos miasmas de los muertos habían casi acabado con los defensores de la ciudad, al grado de quedar muertas las madres con sus hijos pegados al pecho, sucumbió el magnánimo caudillo mexicano, ocupando Cortés

un extenso cementerio de cadáveres, y cogiendo prisionero al indómito campeón, que con hidalguía suplicó á su vencedor que le quitara la vida, que le era tan odiosa despues de la ruina del Imperio. Tanto heroísmo y tanto amor á la Patria es semejante á la grandeza de los Saguntinos, y digno de un brillantísimo poema, en que quede escrita la fama de tanto valor, con letras de oro, en los libros de la inmortalidad. Yo, pues, saludo con toda la efusión de mi alma á ese magnánimo adalid, y á sus innumerables compañeros, que aceptaron una muerte segura, antes que someterse á un monarca extranjero.

Sujeto el Imperio mexicano á la corona de Castilla, inmigraron centenares de españoles á este país, fundiéndose esas dos razas atletas de indómitos guerreros, en otra nueva de ibero-mexicanos, de donde procedieron los denodados patricios, que tres siglos después habían de hacer la independendencia de México.

La España extendió sus dominios á la mayor parte de la América por ella descubierta, diciéndose con razón que el Sol siempre estaba alumbrando sus dilatados dominios, y que no había mar que no fuera surcado por los vajeles castellanos. Llegó en ese tiempo al apogeo de su grandeza, y era temida y respetada en todas partes por la valentía de sus hijos.

Pero á pesar de tanto poder, hubo un ilustre mexicano que, despreciando su vida, se le puso al frente, proclamando la independendencia de la República la noche del 15 de Septiembre de 1810. Ese caudillo fué el inmortal y benemérito Hidalgo, que sin más armas que la justicia de su causa, desafió al poderoso León de las Españas. El grito de libertad resonó como el trueno del rayo en la extensión de la que entonces se llamaba la "Nueva España," y desde luego se juntaron al inclito Capitán mexicano, los patriotas Aldama,

Allende, Jiménez y otros muchos, pudiendo formar para ántes de seis días un ejército de más de cincuenta mil hombres, con el cual tomó á Guanajuato y forzó las posiciones del Monte de las Cruces; retirándose de allí al Puente de Calderón, en donde le fué adversa la fortuna, siendo despues hecho prisionero en Baján con sus inseparables compañeros los referidos Aldama, Allende y Jiménez, que fueron posteriormente ejecutados en Chihuahua, sellando así con su sangre la independendencia de todos sus compatriotas.

El sacrificio de esos caudillos no fué estéril; porque despues se levantaron el ínclito Morelos, los Rayones, los Matamoros, los Galeanas, los Bravos y otra multitud de patriotas, que se extendieron por toda la República, sin que un solo día dejara de estar amenazado el gobierno peninsular. La lucha siguió con encarnecimiento por once años, más de lo que duró la guerra de la famosa Ilión, dándose batallas casi todos los días, en que se distinguieron por su valor y patriotismo centenares de mexicanos, blandiendo sus bruñidas espadas y tersas picas en cien combates, hasta que, á merced de sus heroicos esfuerzos, se hizo para siempre la independendencia de México, entrando victorioso á la capital de la República el ejército de las tres garantías el 27 de Setiembre de 1821.

La España, aunque de pronto se negó á reconocer la independendencia, la aceptó luego, convenciéndose de que su hija adoptiva era digna de emanciparse y de formar una nueva familia que pudiera figurar como un Estado soberano en la gran asociación de la humanidad, é hizo un tratado reconociendo esos derechos el 28 de Diciembre de 1837, considerando á la República como una nación hermana.

De ese especial afecto á su hija emancipada, ha dado repetidas pruebas, como sucedió cuan-

do estuvo en nuestras playas el malogrado Gral. Prim, y al establecerse por los hombres mas prominentes en la política y las letras de esa hidalga y poderosa nación, el gran Centro denominado la "Unión Ibero-Americana," en el que se dió un lugar distinguido á nuestro Ministro plenipotenciario, nombrándosele segundo Vice-Presidente. También el 19 de Diciembre de 1886 se celebró en España por aquella trascendental asociación, un acto espléndido en honor de México principalmente, y de las demás naciones hermanas de origen ibero-latino. Los hijos de la República, á su vez, correspondieron á la grandiosa idea de aquella nación, de formar Centros correspondientes; y tomando una parte activa los miembros más distinguidos del Gabinete, se convocó á las naciones ibero-americanas para que secundaran aquel pensamiento; estando para hoy en esa sociedad diez y nueve Estados soberanos de origen latino; habiéndose celebrado el 12 de Octubre del año pasado en la ciudad de México una suntuosísima velada artístico-literaria, para conmemorar el descubrimiento de América por Colón y en honor de España y de los demás países hermanos. Además hemos visto que la Colonia española de la Habana contribuyó con \$10,000, para los inundados de León, haciendo otro tanto muchísimas personas de la misma nacionalidad.

Los lazos de simpática cohesión que hay entre los dos países, también se celebró de una manera solemne no ha mucho en este mismo local, por una Junta respetable de mexicanos y españoles, estrechándose todos los días más y más los vínculos de verdadero afecto de personas que tienen el mismo origen, unas mismas creencias, las mismas costumbres, y que están vigorizadas con una misma sangre; y por esto, desde hace algunos

años, en que borradas antiguas preocupaciones, los españoles se juntan con nosotros, como lo hacen el día de hoy, para celebrar nuestras glorias nacionales, lo mismo que lo haría una madre al recordar la emancipación de sus hijos más queridos.

Habéis visto, pues, conciudadanos, cuán íntimos y cordiales son los vínculos que nos unen con la antigua Metrópoli y con las demás naciones Ibero-americanas, lo cual es un progreso grandioso en la vida de la humanidad, y cuya unión puede ser la base del establecimiento de un Congreso universal, que decida las cuestiones de todos los Estados soberanos de la Tierra, como lo dijo uno de nuestros más distinguidos políticos; y también cuál es el verdadero origen de nuestra raza, procediendo los aztecas de los guerreros que vencieron el Imperio de Occidente; y los que hoy componen la nación mexicana, de aquellos indómitos atletas y de los siempre venerandos defensores de Sagunto, Numancia y Zaragoza, que han perpetuado su memoria en los fastos más heroicos de los campos de batalla; porque al ser vencidos, sólo halló el conquistador, como todos saben, dentro de las murallas, escombros y demacrados cadáveres.

También he manifestado quienes fueron los héroes principales de nuestra independencia, entre los cuales debe además figurar el benemérito Juárez, que con su energía supo sostener la integridad nacional; sintetizándose así las épocas principales de México en los augustos personajes Cuahtemoc, Hidalgo y el esclarecido Juárez, á los que bendecimos y veneramos en este agosto día, dedicándoles con toda la fuerza de nuestra alma este justo homenaje de nuestros más gratos y expansivos recuerdos.

Pero ya que tanto debemos á los héroes que han defendido nuestra independencia, y que sa-

crificaron su reposo y su vida por la Patria, mostrémosles en esta sublime fiesta nuestros más tiernos y sinceros agradecimientos, erigiéndoles un altar en nuestros pechos, en donde perennemente arda el suave incienso de nuestra gratitud, é inculquemos sus cívicas virtudes en la juventud que ahora se levanta, dándole una educación, no sólo moral y científica, sino también guerrera, para que si mañana el ángel de la paz pliegare sus alas, que Dios no lo permita, y una nación extranjera tratara de invadir nuestro suelo, halle en cada padre de familia un caudillo, en cada hijo un soldado, y en cada palmo de tierra una odiosa sepultura, y así ocuparemos, entre las más pederosas naciones, el alto y suntuoso asiento que Dios señaló á este país privilegiado. ¡Viva la República mexicana libre é independiente!
 ¡Vivan los héroes de nuestra Patria! ¡Vivan los mártires sin nombre! — DIJE.